

Aquella no era la comitiva del rey: era la que debía marchar á encontrarle acompañando á D. Fernando de Valenzuela.

Todos comenzaban ya á impacientarse porque el favorito les hacia esperar y por lo bajo se decia que estaba en la cámara de la reina.

En efecto, D. Fernando hablaba en aquellos momentos con D<sup>a</sup> María Ana.

El favorito vestia un rico traje negro bordado de plata, y en su sombrero ondeaban plumas negras y blancas; esto era como se decia en la corte la librea con los colores de la reina.

La reina vestia un amplio peinador de seda blanca, y sus cabellos, escapándose de una redecilla que los aprisionaba, caian sobre su blanco cuello y sobre sus hombros mal cubiertos por el peinador.

—Valenzuela—decia la reina—no sé por qué estoy triste, he pasado una noche horrible; he soñado cosas espantosas, mi dueño.

—¿Soñabas, amor de mis amores, que ya no me amabas?

—¡Oh! hay cosas que ni en sueños se pueden ver, y si hubiera soñado tal cosa, bien mio, el mismo sueño me habria ahogado.

—¡Qué buena eres, señora; y cuánto te amo!

—Pues mira, soñaba que te veia..... no..... era un bosque: allí cruzaban hombres desconocidos para mí, y entre ellos uno que yo no conocia, pero que sentia yo por él cierto cariño que no puedo explicarte. . . . yo no estaba allí, pero no sé cómo le pregunté á uno de los que pasaban quién era aquel hombre, y él me dijo: ¡es la sombra del rey Felipe II! . . . . Luego; aquella sombra pasó á tu lado, diste un grito

## IX.

De lo que el Rey Carlos II hizo con D. Fernando de Valenzuela en una cacería

**R**EPARATIVOS muy grandes se hacian en la corte para asistir á una cacería, en la que por primera vez iba á presentarse el rey.

Damas y caballeros debian ser de la partida, y toda la nobleza se daba el parabien y se disponia para aquella fiesta.

Amaneció por fin el deseado dia: la reina no concurría, pero sí Valenzuela.

Apenas la luz triste de la mañana comenzaba á blanquear los horizontes y ya en palacio se sentia un grande y extraño rumor.

Los patios estaban llenos de arrogantes caballos enjaezados con riquísimos arneses, en los que brillaban el oro, la plata y la seda.

Las damas con graciosos sombrerillos, sobre los que se ajitaban pintadas plumas, esperaban el momento de la partida, recojiendo con una mano las largas caudas de sus vestidos y llevando en la otra un latiguillo con puño de oro ó de piedras preciosas.

y te ví caer cubierto de sangre..... aquel que te habia herido estaba fuera del alcance de mi furor..... ¡Por Dios! Valenzuela; tú que tienes tan claro talento explícame ese sueño, porque me ha preocupado mucho: ¿qué significa?

—Señora mia, no hagas caso de esos sueños que nada significan.

—Es verdad, y nunca habia yo pensado en ellos, pero te amo tanto, Valenzuela, que cualquiera cosa que tiene relacion contigo, me afecta, me preocupa.... y ese sueño.... ese sueño.... no sé por qué no puedo olvidarle un instante.

—Cálmate, amor mio; tú no sufrirás ninguna desgracia, porque no la mereces y Dios es justo.

—Espero y confio en El, Valenzuela.

D. Fernando tomó de un sitio su sombrero que habia dejado allí, y se levantó.

—¿Te vas, mi bien?—dijo la reina.

—Sí, el dia avanza; me esperan muchas personas, y quizá el rey estará ya impaciente por mi tardanza.

—Me quedo muy triste, muy triste.

—¿Todavía el sueño?

—El sueño ó no sé qué siniestro presentimiento ¡ojalá no fueras tú á esa cacería!

—Imposible, señora; seria dar en la corte un escándalo; el rey lo atribuiria á una gran falta á su persona, y esto te traeria á tí, señora, tristes consecuencias.

—Entonces anda, mi bien, pero cuídate mucho, si algo te sucediera, moriria yo de pena.

—Adios, señora y reina mia.

—No tu reina; tu amada, tu amada.

Valenzuela salió garbosamente de la estancia y la reina

le siguió amorosamente con la mirada, luego con el oido; y cuando ya se perdió el eco de sus pisadas en los entablados salones, le acompañó con el alma.

Cada dia amaba mas D<sup>a</sup> María Ana de Austria á Valenzuela, y cada dia Valenzuela estaba mas apasionado de la reina.

Apenas el favorito se presentó en los salones, cuando se sintió un rumor extraordinario: damas y caballeros se levantaron de sus asientos con respeto, pero no miraban para donde venia D. Fernando; algo les llamaba la atencion por el extremo opuesto.

Valenzuela, estrañando aquello, avanzó con rapidez: á pocos pasos se encontró repentinamente con el mismo Carlos II en persona, que llegaba seguido de una gran comitiva.

Carlos II, como todos los hijos de Felipe IV, tenia una naturaleza débil y enfermiza; su rostro era pálido y anunciaba un mal oculto que debia hacerle padecer durante toda su vida.

D. Fernando se adelantó al encuentro del rey, quitándose cortesmente el sombrero.

—Valenzuela—dijo el rey con ese aire impertinente de los niños aristócratas—creí que yo era el que debia pasar por tí.

—Perdóneme V. M.—contestó Valenzuela turbado—pero mis ocupaciones....

—No hay ocupaciones cuando se trata de mi servicio.

Y dando la vuelta sin esperar respuesta, bajó las escaleras y montó á caballo, seguido de toda la nobleza.

Toda aquella lucida comitiva se dirigió para el Escorial, en donde iba á verificarse á otro dia la batida.

D. Fernando iba preocupado, procuraba disimular, sin embargo, y caminaba al lado del rey, el cual por su parte, parecia tener el mejor humor, y el acontecimiento de la mañana se habia casi olvidado.

Sin embargo, aquel acontecimiento, referido por varios testigos, llegó hasta los oídos de la reina por conducto de D<sup>a</sup> Eujenia.

—¿Sabe ya V. M. que el rey nuestro señor ha estrañado á Valenzuela?—dijo D<sup>a</sup> Eujenia.

—No le he sabido—contestó la reina comenzando á sentir cierta inquietud—refiéreme lo que sepas.

—Es muy poco lo que yo sé, pero con ello creo que es bastante para que Valenzuela pase un dia horriblemente penoso.

—Refiéreme, refiéreme cuanto sepas—repitió la reina, no disimulando ya su turbacion.

—S. M. el rey, advirtiendole que Valenzuela no salia de palacio esta mañana, y que él aguardaba ya, vino en su busca, diciéndole indignado, y delante de toda la corte, algunas frases muy duras.

—¡Dios mio! ¿y qué hizo Valenzuela?

—Avergonzado, calló, señora, y siguió á S. M.

—Debe estar en una posicion muy embarazosa y es preciso sacarle de ella. Eujenia, al Escorial.

Y la reina sin esperar mas, comenzó á dictar sus órdenes.

Una hora despues, D<sup>a</sup> María Ana salia de Madrid en una carroza acompañada de D<sup>a</sup> Eujenia y escoltada por cien jinetes, y se dirijia tambien al Escorial.

La llegada de D<sup>a</sup> María Ana al real sitio fué motivo de gran novedad entre la nobleza, y dió lugar á que se des-

atara la murmuracion; pero sobre todo, el caprichoso Carlos II lo sintió sobre manera, porque en aquella fiesta queria ser el solo rey, y la presencia de la reina madre venia, por decirlo así, á eclipsarlo.

Al ver á su madre, el jóven rey salió á su encuentro, y la recibió con muestras del mayor afecto y respeto.

Carlos II era desde su mas tierna edad disimulado y malicioso.

Amaneció el dia siguiente, y se dispuso la salida á la carcería.

El rey andaba ya en esos dias cumpliendo diez y seis años, y aunque en otro jóven, edad era para ser un mancebo robusto, Carlos conservaba por su misma debilidad algo de la niñez.

Sin embargo, sus miradas indicaban que comenzaba á sentir en su corazon la sangre de la juventud.

Entre todas aquellas damas quizá no habia una que pudiera competir en hermosura y garbo con D<sup>a</sup> Inés de Medina.

Vestia con estraordinaria elegancia, y una amazona no hubiera rejido con mas vigor y entereza el soberbio potro cordovés que montaba en la mañana de la batida.

Sus ojos despedian fuego y entre sus labios rojos y frescos asomaban sus dientes blancos y brillantes.

Carlos II fijó en ella sus miradas, y procuró vencer su natural timidez acercándose á ella como por casualidad.

Casi podemos decir que D<sup>a</sup> Inés era maestra en amores y que no la faltaban reglas para cada caso especial: ella, ademas, habia calculado que debia llegar aquel momento y estaba preparada.

El rey llegó por fin á colocarse junto á la dama, que ar-

regló el paso de su caballo al del corcel que montaba Su Majestad.

Cárlos no hablaba, y se conformó largo rato con mirar á D<sup>a</sup> Inés, que puso en juego silenciosamente todos sus encantos.

Algunos cortesanos caminaban cerca de ellos, y Cárlos parecía impacientarse, porque dirigiéndose á la jóven, la dijo como si ya estuvieran de acuerdo:

—¿Al galope?

Mucho indicaba ya eso; y D<sup>a</sup> Inés y el rey pusieron á galope sus caballos, separándose así un tanto de la comitiva.

—¿Señora, sois casada?—preguntó tímidamente el rey.

—Principiante es en amores el rey—pensó D<sup>a</sup> Inés—pero promete esperanzas—y luego contestó en voz alta—no señor.

—Hermosa sois, ¿y vuestro nombre?

—Atrasado anda en noticias Su Majestad—pensó D<sup>a</sup> Inés—Inés—Inés de Medina—dijo en voz alta—hija del marqués de Rio-florido.

—Hermosa sois—volvió á decir Cárlos, sin saber por dónde comenzar—¿y teneis amante?

—Hasta ahora, no señor.

—¿Y desearíais tenerlo?

—Si no fuera rey y novel amante, esta pregunta era para no perdonársela—dijo entre sí D<sup>a</sup> Inés—pero en fin, viene por buen camino, y pronto.

—Contestadme—insistió Cárlos—¿desearíais tener un amante?

—Señor—contestó D<sup>a</sup> Inés haciendo un dengue encantador—segun quien fuese.

—Por ejemplo....yo—dijo Cárlos haciendo un esfuerzo sublime de valor.

—No se anda con rodeos en su primera empresa; así me gusta y así debe contestarse: el todo por el todo—pensó D<sup>a</sup> Inés.

—Vamos, ¿callais?—dijo Cárlos.

—¿Me permite V. M. hablarle la verdad?

—Sí—dijo con timidez Cárlos esperando una repulsa.

—Señor, para mí seria una ventura inmensa ser amada por Vuestra Majestad, y yo seria capaz de adorarle; pero...

—¿Qué os lo impide?—esclamó el rey con vehemencia.

—Tengo miedo á la reina mi señora y á Valenzuela.

Cárlos II se puso lívido de la cólera, y sus ojos arrojaron llamas: D<sup>a</sup> Inés habia tocado en la llaga y casi se espantó de su audacia.

—¿Temeis eso? pues haceis mal; aquí yo soy el rey, y yo no consentiré que nadie se atreva á tocaros; mi corazon se ha inflamado al veros, y yo quiero amar y ser amado; lo quiero; soy el rey, y queriendo vos nadie podrá oponerse.

—V. M. tiene razon, es el rey, pero V. M. aún está bajo de tutela.

—¿Señora, me amais? respondedme.

—Pero y....

—Respondedme, que lo demás corre de mi cuenta: quiero ser el rey, y vereis como sé serlo.

—Ojalá, señor.

—¿Me amais, señora?

—Así sí, señor; pero por Dios que V. M. guarde el secreto.

—Soy rey y caballero.

En este momento la cabalgata llegó cerca de ellos, y la conversacion se suspendió.

Cárlos II se sintió desde aquel momento poseido de esa fatuidad que se apodera de un jóven cuando ha hecho su primera conquista.

Cárlos se creyó ya un hombre.

Por una de las encrucijadas del bosque apareció un ciervo perseguido por cazadores y perros.

El pobre animal caminaba fatigado, y el espanto era lo único que le daba fuerzas; el montero mas torpe podia haberle muerto.

Ese momento se aguardaba para que el rey tomara parte activa en su persecucion.

El montero mayor entregó á Cárlos una primorosa escopeta incrustada de oro y de nácar, cargada y lista para hacer fuego.

El rey la tomó: un relampágo de alegría infernal pasó por sus ojos y se lanzó en pos del fujitivo ciervo, diciendo á D<sup>a</sup> Inés:

—No os separeis de mí; venid.

Aquella frese era mas bien la espresion de un niño en caprichado con un juguete que el arranque de una alma enamorada.

D<sup>a</sup> Inés aguijó á su caballo y se lanzó tambien en seguimiento del ciervo.

El animal rendido corria penosamente, y apenas podia con su ajitado pecho romper la maleza que se oponia á su marcha.

El rey estaba muy cerca cuando el ciervo se detuvo un instante: el rey paró su caballo, y D<sup>a</sup> Inés hizo lo mismo; pero D. Fernando de Valenzuela que iba distraido no lo

advirtió y dejando pasar á su caballo avanzó algunos pasos delante del rey.

Cárlos con un movimiento rapidísimo bajó su escopeta, brilló un fogonazo, se oyó el estallido y D. Fernando de Valenzuela vaciló en la silla y se puso extraordinariamente pálido.

—¿Te he hecho mal, Valenzuela?—esclamó Cárlos tirando la escopeta y adelantándose como espantado á donde estaba D. Fernando.

—No ha sido esto nada, señor: V. M. puede seguir al ciervo, que está ya muy fatigado.

A pesar de aquella finjida sangre fria, todos notaron que D. Fernando estaba lívido, y muchos cortesanos se bajaron de sus caballos para acercarse á él.

Aún era D. Fernando en aquellos momentos el primer ministro y el favorito de la reina.

—¡Sangre!—esclamó imprudentemente un caballero.

Por uno de los estribos de la silla de Valenzuela se desprendia un hilo constante de sangre.

Entonces sí pareció demudarse el rey, y dando la vuelta se separó de allí seguido de D<sup>a</sup> Inés y de algunos cortesanos.

Una multitud de personas quedaron rodeando á Valenzuela.

—¿Qué quereis?—dijo Cárlos á D<sup>a</sup> Inés—vos lo habeis visto; no depende del hombre dar perfectamente en el objeto á que apunta.

Para los cortesanos tenian aquellas palabras el sentido de una disculpa por haber herido á Valenzuela.

Dirijidas á D<sup>a</sup> Inés se interpretaban como una disculpa por no haber dado suficientemente bien á Valenzuela.

Un montero pálido llegó á dar la noticia á la reina, que

esperaba en palacio rodeada de sus damas, la vuelta del rey y de su comitiva.

El montero, que traía según le parecía á él, una misión importante, no había cuidado de la etiqueta y llegaba hasta la reina.

—Habla—le dijo S. M. al verle llegar—¿qué hay?

—Señora, S. M. el rey mi señor ha herido de un balazo...

—¿A quién?....

—Al marqués de S. Bartolomé de los Pinales.....

—¡Dios mío!.... mi sueño.... mi sueño.... dijo la reina, y cayó desmayada en brazos de sus damas.

## X.

De cómo Doña Inés consiguió lo que deseaba con el rey.

**L**o desmayo de la reina, que ciertamente no había estado en su mano el evitar, fué interpretado maliciosamente por los cortesanos: se tomó como la declaración oficial de sus amores con Valenzuela.

La fiesta por supuesto se terminó con disgusto de todo el mundo, y la reina volvió á Madrid, llevándose al herido.

El príncipe permaneció aún aquel día en el Escorial, y los cortesanos inquietos sobre el partido que debían tomar unos siguieron á la reina y otros se quedaron con D. Carlos.

El marqués de Río-florido, con su hija, fué de estos últimos.

El rey indicó al marqués su deseo de que permaneciera en el Escorial aquella noche, y el marqués, además del interés que tenía por ganarse la confianza de Carlos, aborrecía á Valenzuela considerándolo sucesor del padre Nitardo, y creía con esto darle una muestra de desprecio.

D<sup>a</sup> Inés conoció la intención de Carlos: el joven rey era